

Sin que se les diera un comino del trigo y la cebada que, ya en sazón, veíase á ambos lados del camino, los soldados lanzaron los caballos al galope en diferentes direcciones, y



El molinete

dieron principio á las acostumbradas carreras dos á dos, cinco á cinco, y diez á diez, echando al aire las espingardas, agrupándose á la derecha, á la izquierda, delante y detrás, revolviéndose sobre la silla de mil distintos modos y aullando como condenados. Uno de ellos hacía con la espingarda el molinete con tanta rapidez, que el arma apenas parecía en sus manos: al pasar dijo otro con voz de trueno: —¡Aquí va el rayo!—Habiéndosele desviado á otro el caballo, embistiéndonos con tal furia, que faltó muy poco para que nos echara á todos patas arriba.

Llegados á cierto punto, el embajador y el capitán se separaron de la caravana para subir á una montaña próxima llamada Selfat, escoltados por Hamed-ben-Hassen y algunos soldados, en tanto que los demás seguíamos adelante por el camino que llevábamos.

Pocos minutos habían transcurrido cuando tuvo lugar un suceso que jamás olvidaré.

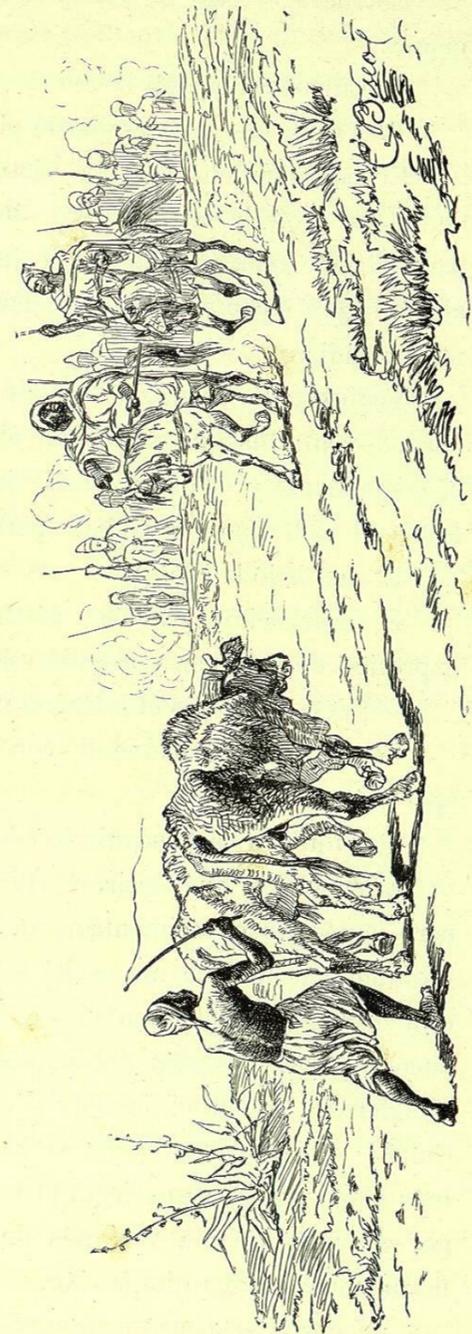
Caminaba hacia nosotros un muchacho árabe de unos diez y seis á diez y ocho años, semidesnudo, que con una larga estaca guiaba dos bueyes perezosos.

El cadí Abú-ben-Gileli detuvo el caballo y llamó al muchacho.

Supimos después que éste tenía la obligación de ir con sus bueyes al encuentro del carro que hacía poco habíamos visto, al efecto de uncir sus bestias en relevo de las que lo arrastraban, y que se había retrasado algunas horas.

El pobrecillo se presentó temblando al cadí.

Éste le preguntó no sé qué, á lo cual contestó el muchacho balbuceando y muerto de miedo.



Entonces el cadí se volvió á los soldados diciendo fríamente:

—¡Cincuenta palos!

Tres robustos jinetes echaron pie á tierra.

El pobre muchacho, sin aguardar á que se apoderaran de él, sin proferir una palabra, sin levantar siquiera los ojos para dirigir una mirada á su juez, echóse al suelo boca abajo, según costumbre establecida, con los brazos y las piernas extendidas.

Todo esto se realizó en menos tiempo del que se necesita para decirlo; mas no se habían levantado las varas, cuando el comandante y otros se habían interpuesto, haciendo manifestar al cadí que no podían permitir aquel castigo brutal.

El cadí bajó la cabeza.

El muchacho levantóse pálido, convulso, mirando con expresión de sorpresa y asombro á sus libertadores y al cadí.

—¡Véte, — le dijo el intérprete, — estás libre!

—¡Ah! — dijo solamente con acento indefinible, y desapareció.

Por nuestra parte seguimos adelante.

¿Tengo por qué decirlo? He visto matar á un hombre, pero jamás he experimentado un sentimiento de horror más profundo que el que me asaltó á la vista de aquel muchacho casi desnudo, tendido en el suelo y dispuesto á sufrir cincuenta palos. Después del horror sentíme dominado por la indignación, y en el fondo del pecho maldije del cadí, del Sultán, de Marruecos y de la barbarie, con las expresiones más vehementes que encierra el lenguaje humano. Sin embargo, convencíme una vez más de que no debemos dejarnos llevar por la primera impresión.

¿Y nosotros? pensé transcurridos breves instantes. ¿Cuán-

tos años hace que hemos abolido el castigo de las carreras de baquetes? ¿Cuánto tiempo hace que se ha abolido en Austria? ¿Y en Prusia? ¿Y en los demás Estados europeos?

Esta reflexión, haciéndose superior á mi desdén respecto del país en que me hallaba, llenó mi pecho de amargura. Para el que desee saber de qué manera se aplica en Marruecos el castigo de palos, bastará con que digamos que á veces, terminada la ejecución, se conduce la víctima al cementerio.

Desde aquel sitio hasta Zeguta, de colina en colina, de valle en valle, la caravana anduvo continuamente á través de campos sembrados de trigo y de cebada, de prados llenos de verdor y lozanía, rodeados de pitas, chumberas, olivos silvestres, carrascas, acebos, madroños, mirtos y céspedes floridos. No se veía una tienda, no se encontraba alma viviente. La campiña estaba muda, solitaria y encantadora como un jardín de hadas. Al llegar á la cumbre de una de las lomas, distinguimos las cimas azuladas de las montañas de Fez, que desaparecieron instantáneamente, cual si no hubiesen hecho otra cosa más que asomar la cabeza para saludarnos al paso; y cuando el calor se dejaba sentir intensamente, llegamos á Zeguta.

Era éste uno de los lugares más bellos que habíamos visto durante el viaje.

Habíase establecido el campamento sobre la cresta de una montaña, en una gran cavidad abierta en forma de anfiteatro, la cual, merced á las desigualdades que, con el transcurso del tiempo, había formado el tránsito de personas y animales, ofrecía el aspecto de estar provista de una vasta gradería, gradería que precisamente en aquel momento se hallaba ocu-

pada por gran número de árabes, sentados en semicírculo, como los espectadores en un verdadero anfiteatro. Delante de ella abríase en forma de cuenca, un dilatado valle dividido en toda su extensión, según la clase de plantas que en el mismo se cultivaban, en cuadros verdes, amarillos, blancos, rojos y violeta, que daban al conjunto el aspecto de un tablero inmenso formado de fragmentos de raso ó terciopelo. Con auxilio de los anteojos, podía distinguirse en la cima de las colinas más distantes, aquí una hilera de tiendas, allí una casba medio escondida entre las pitas, más allá un camello, al otro lado un árabe acurrucado, un rebaño, un grupo de mujeres; una vida tranquila y silenciosa, que mejor aún que la completa soledad, hacía formar una idea exacta de la profunda paz del sitio. Sobre tan apacible cuadro se extendía una atmósfera caliginosa, ardiente, sofocante, que obligaba á permanecer con la cabeza inclinada y los ojos medio cerrados.

Sin embargo, más bien que por el paisaje, recordaré perpetuamente el campamento de Zeguta por el experimento que quise hacer del famoso kif.

Para el que no lo sepa, debo consignar que el kif es la hoja de una especie de cáñamo, llamado *hascisc*, conocido en todo el Oriente por la embriaguez que produce. En Marruecos se hace de ella extraordinario consumo, pudiendo casi asegurarse que son víctimas de esa hoja deletérea, aquellos moros y aquellos árabes que en el campo y en la ciudad contemplan á los viandantes con mirada extraviada y estúpida, y andan con vacilante paso, como gentes que se hallaran atontadas por un golpe que hubiesen recibido en la cabeza. En su mayor parte consumen el kif, fumándolo mezclado con un poco de tabaco, en pequeñísimas pipas de tierra cocida;

algunos lo comen reducido á pasta de sabor dulce, llamada *madjun*, hecha con manteca, miel, nuez moscada y clavo de especia. Los efectos que produce son extrañísimos. El doctor Miguérez, que se había decidido á hacer experimento de ellos en su propia persona, hablábame frecuentemente de los mismos, diciendo entre otras cosas, que se había sentido acometido de un acceso de risa irresistible, y que le parecía hallarse levantado del suelo, en términos de haberse agachado al pasar debajo de una puerta dos veces más alta que él, por temor de dar un testarazo. Estimulado por la curiosidad, habíale rogado repetidas veces que me diera una porcioncilla de *madjun*, poca cosa, para que no llegara á perder completamente la aguja de marear; pero lo suficiente, sin embargo, para poder apreciar y experimentar alguna de las mil maravillas que de la cosa me refería. Durante los primeros días el buen doctor se excusó, diciéndome que era preferible aguardar á Fez, donde podría hacerse el experimento con toda comodidad; pero yo insistí, y al cabo, bien que un poco á pesar suyo, ofrecióme en Zeguta, en su correspondiente platillo, el manjar codiciado.

Estábamos en la mesa: si no recuerdo mal, comieron un poco Ussi y Biseo; mas en todo caso, me es imposible decir el efecto que les produjo, pues lo ignoro: en cambio recuerdo perfectamente el que á mí me causó. Era una pasta blanda de un color violado y de un sabor como de pomada. Durante media hora, es decir, después que comenzó la comida hasta que sirvieron el postre, no sentí novedad, de suerte que ya me estaba chanceando con el doctor respecto de sus exagerados temores; pero él me contestaba sonriendo:

—Aguarda, aguarda.

En efecto, al llegar los postres, comencé á sentir los pri-

meros síntomas de la embriaguez, que al principio se tradujeron en una irresistible hilaridad, acompañada de un verdadero prurito de charlar. Después comencé á reirme de cuanto oía decir, y hasta de cuanto decía yo mismo: cada una de mis palabras y las de los otros, parecíanme un finísimo rasgo de ingenio: reíame de los criados, de las miradas de mis comensales, de mi silla de tijera mal equilibrada, de las figuras pintadas en las piezas de la vajilla, de la forma de ciertas botellas, del color del queso que comía. De repente comprendí que no tenía la cabeza en regla, y díme á pensar en algo serio para contener mis alegres impulsos. Pensé en el muchacho que aquella mañana habían querido apalear. ¡Pobrecillo! Su recuerdo me enternecía. Habría querido llevarmelo á Italia, hacerle emprender y seguir una carrera. Le quería como á un hijo. ¿Y el caid Abú-ben-Gileli? ¡pobre viejo! Al cadí Abú-ben-Gileli ¡le quería como á un padre! ¿Y á los soldados de la escolta? Eran todos tan buenos muchachos, siempre dispuestos á defendernos, á arriesgar su vida en favor nuestro,... ¡Pobrecillos! les quería como si hubiesen sido mis hermanos. También quería mucho á los argelinos. ¿Por qué no? pensaba; ¿por ventura no pertenecen á la misma raza que los marroquíes? ¡Y qué, vaya! Seamos todos hermanos, vivamos *enlazados por un mismo vínculo*, es menester que nos amemos; yo amo, yo me siento feliz, y rodeaba con mi brazo el cuello del doctor, que se desternillaba de risa. De repente, de tan desordenada alegría pasé á una melancolía profunda é incomprensible. Recordé las personas á quienes había ofendido; las amarguras que había causado á todos aquellos que me amaban; sentíme oprimido por mil remordimientos y otras tantas reconvenciones; parecíame escuchar voces suaves, dulces, que me hablaban al oído con acento

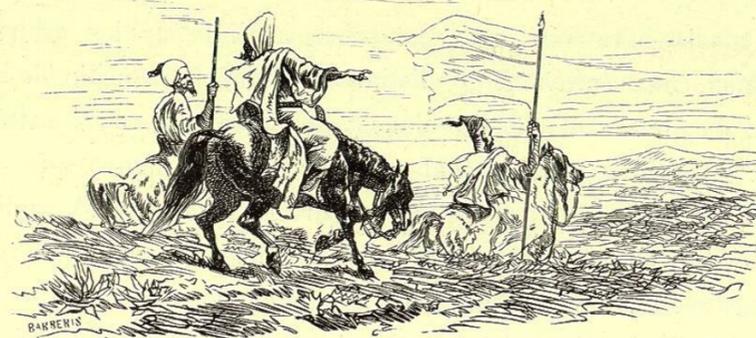
de amor y de queja; arrepentíme, pedí perdón, sequéme con la yema del dedo una lágrima furtiva que se desprendía de mis párpados. Después levantóse en mi mente un verdadero torbellino de imágenes bizarras, disparatadas, extravagantes, que se desvanecían consecutivamente: ciertos amigos de la niñez completamente olvidados, ciertas palabras de un dialecto no vuelto á emplear desde que tenía veinte años, rostros de mujer, mi antiguo regimiento, Guillermo el Taciturno, París, el editor Barbera, un sombrero de castor que tuve cuando niño, la acrópolis de Atenas, la cuenta de un fondista de Sevilla, mil extravagancias. Recuerdo confusamente que los comensales me contemplaban sonriendo. De cuando en cuando cerraba los ojos y luego volvía á abrirlos, y no podía darme cuenta de si había dormido ó no, de si había permanecido en semejante situación una hora ó un solo minuto. Tenía un pensamiento lúcido, comenzaba á hablar, decía, por ejemplo:

—En cierta ocasión estuve... ¿Dónde, dónde estuve? ¿Quién es el que estuvo?

Todo se había desvanecido. Los pensamientos brillaban y se extinguían como lucecillas, fijos, revueltos, inextricables. Hubo un momento, lo recuerdo perfectamente, que el rostro de Ussi se ofreció á mis miradas, cual si le hubiese contemplado en el interior de un espejo convexo; largo, estirado, inmenso: el vicecónsul tenía una cara de dos palmos: los rostros de los demás eran adelgazados, prominentes, torcidos, contrahechos como caricaturas fantásticas, que me hicieran extrañas muecas y ridículos visajes; y yo me reía, y movía la cabeza á uno y otro lado, y estaba soñoliento, y presumía que todos estaban locos, que nos hallábamos en un mundo distinto, que nada de cuanto veía era verdad, que estaba

enfermo, que no comprendía lo que había pasado, que no sabía dónde estaba. Después todo fué silencio y oscuridad. Cuando volví en mi acuerdo, encontréme en mi tienda, tendido sobre el lecho, con el doctor al lado, que contemplándome á la luz de la vela, me dijo sonriendo:

—Pasóse pronto; mas sea ésta la primera y la última.



La vanguardia de la caravana

DE ZEGUTA AL TAGAT

EN tanto que discurro de uno á otro lado en busca de mi cabalgadura, que encuentro al fin revuelta con las del bagaje, sin que pueda explicarme la causa de ello, parte la embajada. No me habría sido difícil alcanzarla; pero quiso mi mala ventura, que como al salir del campamento tomara por una pendiente pedregosa, la mula resbaló, aflojéronsele las cinchas, la literatura se vino al suelo, fué menester media hora para poner en orden cuanto se había desordenado y ¡adiós embajada! ¡Qué remedio! No me queda más recurso que continuar el viaje solo y por mi cuenta, seguido de lejos por un criado cojo, que si llego á verme asaltado llegará si acaso, á tiempo para verme dar la última acometida. ¡Cómo ha de ser! ¡Cúmplase la voluntad de Alá!

La campiña se halla desierta, el cielo nuboso. De media